

# BOLETÍN

DE LA

## Real Academia Sevillana de Buenas Letras

AÑO I

DOMINGO 30 DE ABRIL DE 1899

NÚM. 4

### DISCURSO

DEL SEÑOR D. JOSÉ M. ASENSIO Y TOLEDO. DIRECTOR DE LA ACADEMIA, EN CONTESTACIÓN AL DEL SR. BERMÚDEZ DE CAÑAS.

**Señora:** (1)

Que la Real Academia Sevillana de Buenas Letras puede estar satisfecha y orgullosa de la elección que ha hecho y que el nuevo Académico sabrá honrar con valiosos timbres los muy antiguos merecimientos de la Corporación, aumentando con sus talentos los frutos de la *Minerva Bética*, verdades son que están en la conciencia de todos y que se demuestran con harta claridad en el brillante, profundo y elocuentísimo discurso cuyas alabanzas palpitan en vuestros labios, y durarán todavía mucho tiempo después de haber terminado los ruidosos aplausos con que lo habéis acogido.

Pero ese magnífico trabajo que así ha causado entusiasmo en tan ilustrado auditorio, ¿no pone de manifiesto al propio tiempo, y con más claridad todavía, otra verdad que tampoco necesita demostraciones? ¿No indica, no expresa, no significa á

---

(1) Como se indicó en el número 1.º de este *Boletín*, presidía el acto S. M. la Reina D.<sup>a</sup> Isabel II.

todos la difícil posición en que se encuentra colocado el que ha de hacer oír su voz después de voz tan elocuente, y ha de procurar en vano llamar vuestra ilustrada atención con débiles frases, cuando aún estáis embargados por el recuerdo, absortos en la contemplación, y saboreando, si se me permite la palabra, las múltiples bellezas de concepto, de estilo y de elocución que acabamos de oír, y cuya armonía resuena en nuestros oídos, como nos encanta la reminiscencia de una música sublime mucho tiempo después de haber cesado de escucharla?

Precepto es de la oratoria y recurso en el orador pedir atención y suplicar benevolencia. Todos los que me escuchan comprenderán que en el día de hoy, en este momento, no es en mí cumplimiento de una fórmula de costumbre, sino verdadera necesidad el solicitarla; que más todavía que benevolencia, indulgencia, disculpa y hasta perdón necesita el que llenando un deber de Reglamento, y por acceder, sin premeditar las consecuencias, á una cariñosa invitación, ha echado sobre sus hombros carga tan grave, cuando ciertamente no cuenta con fuerzas para salir airoso del compromiso contraído. En agradecimiento á vuestra indulgencia, seré breve, para no abusar de la atención que se me concede.

Dignísimamente ocupado encontrará la Academia el lugar que en la Sección de Ciencias Morales y Filosóficas correspondió durante un dilatado período de años al señor D. Manuel de Campos y Oviedo, querido cuanto docto maestro de gran número de letrados que hoy brillan en el foro sevillano y en el de la capital de la Monarquía; que por sus méritos ha ascendido á Académico Preeminente, dejando una vacante de Numerario, sin que tengamos que llorar la falta de ningún compañero; sin que el Cuerpo vea un hueco doloroso que la muerte haya causado en sus filas; sino, antes por el contrario, teniendo motivo en esta recepción de duplicados plácemes y enhorabuenas.

Enaltecen al señor don Francisco Bermúdez de Cañas, que viene á sucederle, tanto ó más que su elevada dignidad eclesiástica, como Deán del Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, sus propias dotes naturales y su saber profundo. Sacerdote ejemplar, orador sagrado de merecida fama, cuya palabra, tan florida, fácil y copiosa como llena de unción evangélica, sabe atraer,

persuadir, conmover y cautivar, y cuyos conceptos, profundamente morales, altamente severos, se introducen en el alma de los oyentes, envueltos en suavísimo perfume de caridad y de dulzura, bien puede decirse que no viene aquí por nuestros votos, sino por su propio derecho, porque, como decía al comenzar, sus talentos contribuirán á que fructifique con mayor lozanía el árbol de la *Minerva Bética*, nos ayudarán á difundir y propagar la afición á los estudios y serán nueva gloria de la Corporación.

Razón tiene el señor Bermúdez de Cañas al asentar que el movimiento de la Historia antes de Jesús tiende providencialmente á preparar el camino para la regeneración, sintetizando oportunamente su pensamiento con decir que el mundo antiguo le prepara y le espera. La tesis se desenvuelve en un cuadro tan completo, tan gráfico, tan lleno de luz, de color, de armonía, de sentimiento y de verdad, que nos parece seguir á las naciones en su marcha, bajo la guía de la Providencia, suspirando por tiempos mejores y preparando la unidad material para hacer posible y fácil la anunciación de la Buena Nueva. Imperios, repúblicas y monarquías pasan á nuestros ojos, en la hermosa reseña que nos traza el nuevo Académico, en términos que nos hacen recordar los más brillantes períodos del gran Bossuet y los más armoniosos de nuestro elocuente tribuno D. Emilio Castelar.

Á esta parte del discurso que acabamos de escuchar no puede tocársele, por temor de desnaturalizarla. De ella tomaremos la conclusión, concentrada en una valiente frase del heterodoxo Ernesto Renán: *La historia de la humanidad no se comprende sin Jesucristo*. Como faro para las edades antiguas, como fuente y venero del bien, de la verdad, de la justicia para las modernas, está la Cruz en el punto culminante de la humanidad. A ella se dirigían los deseos, las miradas, los pasos todos de las naciones que precedieron á la venida de Jesús y á la predicación del Evangelio; de ella nacen, se desprenden y brotan todos los adelantos de los siglos posteriores.

En este punto recogeremos la exposición de la teoría tan magistralmente expuesta, no para intentar mejorarla, ni menos para contradecirla, sino para aprovechar la oportunidad que se

nos ofrece de hacer algunas consideraciones sobre la influencia del Cristianismo en la existencia de las modernas nacionalidades, y sobre la evolución científica que hoy aparenta contradecir su sabiduría, su fe y su doctrina, cuando, en realidad y en su concepto final, ha de venir á demostrar sus eternas verdades.

Dentro de la filosofía de la doctrina de Jesús, en los dogmas de su Fe, en su enseñanza, está condensado, contenido, preparado cuanto necesita el hombre para llegar á la perfección. Todos los adelantos humanos han de concordarse con la filosofía del Evangelio; allí está la doctrina destinada á fructificar en tiempo y sazón oportunos; allí están las explicaciones de cuanto puede saber, de cuanto pueda adivinar el espíritu del hombre en la incesante actividad de su continuo trabajo. Nunca la ciencia puede ser contraria á la religión; nunca descubrirá verdades que no concuerden con el libro eterno de la doctrina cristiana, ni llegarán los más grandes, los más originales, los más profundos pensadores á alcanzar conocimiento alguno que, siendo verdad, se oponga á la verdad revelada ó no encuentre con ella su armonía y su concordancia.

La doctrina de Jesús es la última palabra de todos los progresos, es el progreso por excelencia, como lo ha demostrado un gran filósofo desde el púlpito de la basílica de nuestra Señora de París (1). Jamás han existido verdaderos conflictos entre la ciencia y la religión. Y es tan firme, tan profunda, tan sólida, tan arraigada en mí esta creencia, que entre todas las teorías modernas, entre todos esos grandes problemas que rodeados de ostentoso aparato científico hoy se presentan como descomunales fantasmas, no encuentro ninguno nuevo, ninguno decisivo, ninguno que pueda ser argumento de contradicción de los dogmas y de la filosofía cristiana.

Sólo desde este punto de vista pretendo dar alguna explicación al segundo extremo del discurso á que contesto. El mundo moderno es el desarrollo del reinado social de Jesús; es la difusión de su doctrina, vencedora de todos los obstáculos, triunfando de todas las contradicciones; que ahora bajo nuevas formas, revistiendo caracteres más científicos, con otras apa-

---

(1) Le R. P. Félix.—*Le Progrés par le Cristianisme.*

riencias, se oponen á su planteamiento, como en la primera época, antes de la predicación del Evangelio, se opusieron á su preparación. Vencidos entonces, se han ido reproduciendo nuevamente en cada una de las herejías, en diversos sistemas filosóficos; pero la idea cristiana los ha ido subyugando; ha dado soluciones á todos los conflictos. Las dió en los pasados siglos, como las da en nuestro tiempo, como las dará en el venidero, hasta que el reinado de la filosofía católica sea universal, y todas las inteligencias se humillen ante la Cruz como enseña de la verdad, y todos los corazones la amen como enseña salvadora.

¿No es extraño, señores Académicos, que uno de los más esforzados adalides del materialismo moderno, el autor de los *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, Jonh William Draper, sostenga, como nosotros, la afirmación de que los nuevos sistemas filosóficos discuten hoy exactamente los mismos puntos de controversia que ocuparon á los antiguos filósofos del Oriente y de la Grecia? ¿No es de admirar que paladinamente exponga que en los actuales momentos la evolución filosófica, que tan presuntuosa se ostenta, disiente de la Fe en los mismos conceptos en que hubo divergencia en la antigüedad?

El mundo romano había tenido por carácter distintivo y peculiar una maravillosa unidad política, y la unidad material. Reflejadas en la ciudad las costumbres de todos los pueblos sometidos por la fuerza de las armas, acostumbradas las naciones más distantes á recibir como gracia el llamarse municipios ó colonias, y á gozar el derecho de Roma, ésta se convirtió en señora del mundo, y todos los placeres del mundo fueron llevados á Roma. En este solo rasgo concentramos la causa de la corrupción de las costumbres, tanto públicas como privadas, del que llegó á apellidarse Pueblo Rey. A la unidad material y política, mal aceptada y difícilmente mantenida, había de suceder, por ineludible ley, la separación. Pero antes de que ésta tuviera lugar había predicado Jesucristo en Palestina, y sellado con su preciosa sangre en el Calvario la nueva doctrina destinada á producir la unidad moral entre los nuevos pueblos en que iba á verse dividido el mundo romano. Al predicar la idea de un Dios único, al anunciar á los hombres la fraternidad enseñándoles el más sublime de todos los sistemas filosóficos con

las palabras *Padre nuestro*, quedaba fijado el vínculo indisoluble, el lazo común que debía relacionar entre sí las nacionalidades modernas.

La doctrina de Jesús entrañaba conceptos tan profundos, traía á la vida social ideas tan nuevas, anunciaba una revolución de tal magnitud y transcendencia, que á la sola enunciación de aquel ideal, mucho más admirable, más extraño, más incomprendible si se le juzga formado en el cerebro de un hombre, que creyéndolo inspirado por la Divinidad, el mundo romano se conmovió profundamente; las antiguas teogonías vacilaron y cayeron y la idea de un Creador, Padre y Redentor fué acogida con entusiasmo por los pensadores, con júbilo por los oprimidos, al paso que la escucharon con terror y asombro los tiranos, los poderosos, los opresores.

La primera resistencia fué por la fuerza. Los Apóstoles de la nueva idea sellaron con su sangre sus creencias; dieron la vida por su fe. Los que disponían de numerosos ejércitos, de hombres armados, de riquezas cuantiosas, de todos los poderes y medios que da la dominación, pretendieron destruir, aniquilar, borrar de la faz de la tierra á aquel otro ejército que se presentaba imponente, aunque sólo tenía por valedores á los desgraciados y por armas la humildad, la caridad y la pobreza. Y el resultado de aquella guerra fué enteramente contrario á lo que podía juzgarse por las probabilidades humanas; la fuerza fué vencida por la idea; de la sangre de cada mártir brotaron millares de confesores; la Fe triunfó; la razón se sobrepuso á la violencia, y el ejército de los débiles obtuvo la victoria sobre el de los poderosos. En esta primera lucha, trazada de una admirable manera por nuestro nuevo compañero, la gloria del Cristianismo brilla con tan esplendorosa luz, que ninguna nube puede ocultarla ni obscurecerla.

*Continuará.*

---